

# Recuerdos de mi vida

Josefa Marina León Nistal

*A mi familia*

Mi nombre es Josefa Marina León Nistal, nací el 17 de julio de 1939 en Astorga, provincia de León, España. A muy corta edad el destino quiso que emigrara a la Ciudad de La Plata, Provincia de Buenos Aires, Argentina, acontecimiento que cambiaría para siempre mi vida.

En pocas páginas paso a narrar algunas de las anécdotas de mi infancia en España y de mi juventud en Argentina, plagadas de sensaciones y sentimientos. Hoy vivo día a día mi casi vejez con el bagaje de lo cosechado: recuerdos, añoranzas, tristezas y alegrías... sobre todo alegrías.

## RECUERDOS DE MI VIDA

Siendo yo una niña de siete años y parte de una familia numerosa, pues estaba conformada por mi padre, mi madre y mis ocho hermanos, España salía de la cruel Guerra Civil, dejando un descarnado escenario de múltiples necesidades y miserias humanas. Por aquel entonces mi padre trabajaba duro en un taller mecánico propiedad de mi abuelo y mis tíos, pero a la hora de repartir las ganancias, el dinero siempre resultaba poco en relación a los gastos que insumía (*sic*) una familia tan grande. Mi madre colaboraba tejiendo a mano para afuera y contábamos con la ayuda de la Acción Católica<sup>1</sup>, pero nada era suficiente.

<sup>1</sup> Asociación pública de fieles, especializada en la acción social, fundada por Pío XI (1922) y con actuación y diversos países, entre ellos Argentina (N.E.).



Los alimentos eran muy costosos y escasos y era difícil conseguirlos. Recuerdo que mi hermano mayor, que en ese entonces tenía solo catorce años, recorría en bicicleta los pueblos cercanos en busca de aceite, azúcar y harina, esencialmente. En intentos desesperados, mi madre nos mandaba a pedir dinero para la comida a unas tías de buen pasar (*sic*) y nos echaban de su casa a los gritos de “coman grava de la carretera”.

Por otro lado, mi abuelo tenía fábrica de alfombras y a cambio de que mis hermanos y yo hiciéramos nudos en el telar nos daba unas pocas perronas<sup>2</sup>.

También la fe se veía amenazada por las necesidades. Recuerdo que una Semana Santa iba a tomar mi Primera Comunión en la Parroquia de Santa Marta, para la que me había preparado con las monjas durante un largo tiempo, fecha en que nace mi hermano menor Jesús un 30 de marzo. Obviamente mi madre no pudo ocuparse de mi vestimenta, por lo que me pidió que fuera a la casa de las hermanas de mi padre a pedirles el vestido que un tiempo antes había usado mi hermana Teresa para su comunión, pero una vez más recibí una estruendosa negativa. Para que este rechazo no significara un disgusto familiar no dije nada.

El día llegó, me levanté temprano y con mi ropa de todos los días fui sola y tomé mi Primera Comunión. Lo importante para mí era mi compromiso con Dios, pues yo era muy humilde y el amor que le tenía a mi madre hizo que dejara todo egoísmo de lado y priorizara mi fe. Otra tristeza que tuve que vivir fue cuando nació mi hermana Evangelina, mi madre, sufrió una embolia, quedando a las puertas de la muerte; no existía forma de salvarla, pero los médicos sugirieron un tratamiento que estaba de moda en Alemania: la milagrosa penicilina. Y fue así que pronto se curó, quedándole la secuela de una pierna rígida durante mucho tiempo.

Recuerdo algo que quedó grabado en mi mente y corazón: mi madre era devota de la Virgen de Fátima. Un trece de mayo la acompañé a la Iglesia y en el momento de la bendición de los enfermos con el Santísimo, aún con su pierna rígida, pudo ponerse de rodillas; era un milagro, ¡qué emoción!, las lágrimas corrían por mi rostro.

Con el paso del tiempo se estabilizaron un tanto las cosas. Seguíamos creciendo y con nosotros los problemas económicos. Claro que también hay

<sup>2</sup> La “perra” es el nombre popular de la fracción de 10 y 5 céntimos de peseta (N.E.).

momentos lindos para recordar y que, cuando se dejan lejos, se evocan con una mezcla de alegría y tristeza incomparable. Recuerdo a mi tía Emilia y a mis primos con los que compartíamos momentos de juegos y paseos, pues vivíamos muy cerca.

También compartíamos expediciones organizadas por mi abuelo Ángel y mi tío Máximo. Nos hacían correr hacia el “Teso Redondo”, un monte cercano a mi pueblo, y a quien llegara primero lo premiaban con un sabroso bocadillo de chorizo, luego con una red en forma de embudo sacábamos cangrejos del río. Mientras tanto se prendía fuego para asarlos, haciendo de ese momento algo mágico.

La felicidad máxima llegaba cada año con la Navidad. Mi tía Emilia nos preparaba una sala donde armábamos el pesebre y junto con mis hermanos y primos hacíamos castillos de corcho, lagos de espejos y ríos de musgo. Lográbamos crear algo hermoso. También los cumpleaños de mi abuelo eran divertidos: nos preparaba chocolate caliente y luego nos regalaba a cada uno la tacita de barro que, a pesar de ser rústica, me parecía muy linda. Todos los recuerdos buenos y malos fueron quedando atrás.

Ya con trece años, sin que las necesidades nos dieran tregua, llega una carta de América escrita por un hermano de mi abuela. La misiva puso ante los ojos de mi madre la gran posibilidad de cambiar nuestro difícil pasar por algo mejor. El arrugado papel decía que en el continente más joven se podía vivir mejor, que había trabajo, que se podía estudiar; en definitiva, la solución para todos nuestros problemas. Fue así que lo que en principio parecía ser una fantasía se convirtió en la gran aventura que cambiaría para siempre nuestras vidas.

Pero semejante idea tuvo sus detractores y opositores pues mis abuelos no iban a apoyar, según sus propias palabras, “tan descabellada locura” a tal punto que desheredaron a mi madre y la familia de mi padre no les fue en zaga, como adelanto de su herencia solo le dieron migajas. Pero a pesar de todo, el plan “emigrar” se puso en marcha. La incursión inicial la llevarían a cabo mis dos hermanos mayores Mariano y Ángel con la misión de ver que nos esperaba en América.

El objetivo era Argentina, la fecha indicada Enero del cincuenta y dos. Más tarde, en noviembre del mismo año, viajábamos mis padres y los siete hermanos restantes.

El inevitable dolor de la despedida, el gusto amargo del desarraigo, la sensación desgarrante de dejar los afectos habían llegado. Sólo calmaría tal desazón las imágenes grabadas a fuego en mi mente y mi corazón de los últimos saludos de mi familia y amigos en el andén de la estación de trenes de Astorga y el humo más gris que nunca del tren a Vigo, que se convertiría más

tarde en un hilo indestructible que uniría por siempre mi vida en España y mi vida en Argentina.

Tres días de espera en Vigo, sus calles de piedra empinadas, colores vivos, la imagen imponente del Barco “Ciudad de Buenos Aires” y nuestro pasaje a la nueva vida. Era enorme, cuatrocientos cincuenta pasajeros a bordo y la sensación de estar flotando en el mar de alguna película de aventuras. Los primeros días fueron complicados, los mareos y vómitos se repetían a cada movimiento brusco del coloso de acero. Cada vaivén significaba un tremendo malestar y por momentos pánico, seguramente exagerados, ya que éramos la mayoría niños.

El más atrevido era mi hermano Pedro, de ocho años, el aventurero, el valiente de la travesía, podía ir y venir por el barco mil veces sin que le afectara el movimiento, nos traía agua fresca continuamente y su simpatía hizo que la tripulación lo aceptara como un buen amigo. Tanto es así que, cuando llegamos a vivir a la Ciudad de La Plata en Argentina, la casualidad hizo que justo frente a nuestra casa viviera el jefe de máquinas del barco que al vernos nos hizo sentir el calor de la bienvenida, calor que forjó una amistad entre las familias que duró por muchos años.

Volviendo al barco, el viaje duró dieciséis días inolvidables, pues interactuar durante tanto tiempo con el “show” sublime que proponía la naturaleza, el verde azulino del mar, el celeste del cielo mezclado con el purísimo blanco, el gris plateado de las tormentas y por fin el terminante impacto del marrón leonino del Río de La Plata que parecía una corriente de agua sucia. Más tarde aprenderíamos en la Escuela que lo que creíamos suciedad eran sedimentos y tintes que arrastran los Ríos Uruguay y Paraná, desde el norte, hasta formar el río más ancho del mundo.

Al llegar al Puerto de Buenos Aires buscamos con apuro a mis hermanos entre tanta gente y, al verlos, la sensación de estar completos otra vez, la alegría plena de los abrazos dando calor nuevamente a nuestros corazones. Retiramos el equipaje y partimos rumbo a la ciudad Eva Perón que más tarde cambiaría su nombre por el definitivo Ciudad de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires. Fuimos recibidos con mucho afecto por los tíos y primos que ya vivían en Argentina. Así fueron nuestras primeras experiencias en América, pero las dificultades que creíamos haber dejado atrás nos alcanzarían nuevamente.

La casa que nos habían destinado era muy pequeña, pues tenía una habitación, un baño y una cocina ubicada en el fondo de un taller, donde mi padre y mis dos hermanos mayores realizaban las labores de mecánico. Fue imposible vivir todos juntos en tan poco espacio.

Y llegó lo peor. Mis padres decidieron que mis hermanas Teresa y Celia fueran a vivir a la casa de tío Pío; Pedro y María Luz a la casa de tía Pilar y yo

llevé la peor parte pues fui a vivir sola a la casa de tío Toribio, quedando mis hermanos mayores y los más pequeños, Evangelina y Jesús, con mis padres.

Recuerdo haber sufrido mucho pues yo estaba muy apegada a mi madre y no me sentía bien en esa familia. Me había convertido en la sirvienta, me trataban como una sirvienta. Dormía en una habitación en el



fondo de la casa y, aunque ya tenía trece años, lo único que quería era volver junto a mi madre y a mi familia. Recuerdo que un día me escapé y como no conocía las calles, a pesar de vivir a sólo cuatro cuadras, me perdí. Duró un año el exilio hasta que pudimos vivir en una casa más grande y así reunirnos nuevamente toda la familia.

Comenzamos a ir a la escuela, al principio nos costo adaptarnos pero poco a poco lo fuimos logrando. A los dos años de llegar a la Argentina y cuando estábamos más tranquilos, asomó la mezquindad de los tíos que nos habían traído, pues querían cobrar los gastos del viaje con intereses usureros que no podíamos pagar, por lo que se aprovechaban de la entrada de dinero que ganaba mi padre en el taller. Es más, a mi madre la querían instalar una lavandería para que trabajáramos todos. Claramente nos querían explotar. Ante tanto desconcierto mi padre tomó la decisión de cortar por lo sano y muy enojado devolvió la casa, consiguió un préstamo y construyó nuestra propia casa y taller.

Gracias al esfuerzo de todos pudimos salir adelante, aunque siempre nos quedó la sensación de que América no era lo que nos habían contado.

Más tarde comenzamos a trabajar mi hermana Teresa y yo. Ella en un estudio de abogados y yo en casa de una médica cuidando niños, empleo que dejaría para trabajar en un comercio. Con mis primeros sueldos pude comprarme una bicicleta que me servía de transporte. Ya tenía dieciséis años.

Recuerdo que un día al llegar del trabajo encontré a mi madre llorando, cuando pregunté qué pasaba, me dijo que el tío Toribio había mandado un telegrama para que se le pagara la deuda que habíamos contraído por los pasajes de barco que era algo así como 16.000 pesos, sabiendo que aún no habíamos mejorado económicamente lo suficiente para poder pagarle.

Me puse furiosa, tomé mi bicicleta y fui al Colegio de Abogados, pues tenía su estudio en ese edificio, y cuando me vio se sorprendió bastante. Comencé a decirle todo lo que pensaba, se levantó de su asiento y me dijo que era una mocosa muy atrevida y antes de que decidiera echarme le grité que

fbamos a pagarle pero en cuotas y de acuerdo a lo que nos permitiera nuestra economía.

Estaba realmente furiosa por la actitud de mi tío, después de todo yo había vivido en su casa y un poco lo quería. Después de semejante decepción no lo volví a ver.

Luego tanto trabajo fue rindiendo sus frutos. Mi padre y hermanos cambiaron el trabajo de taller por el de comerciantes. Abrieron uno de los primeros supermercados de la ciudad en los años setenta, era toda una novedad pues pasaron a reemplazar los viejos almacenes de barrio. Con muchos altibajos que coincidían con la turbulenta política peronista y militares, más que arraigadas en la Argentina de aquellos años. Era una empresa auténticamente familiar, casi todos trabajábamos o colaborábamos en la rotisería “Los Leones”. Yo me encargaba de la cocina, hacíamos ravioles, canelones, pollos, lechones y toda especialidad española que era muy requerida por los clientes. Más tarde los problemas políticos mencionados llevaron a mi familia a cerrar el comercio. En mi eterno plan de busquedas abrí una mercería, vendí telas y todo lo necesario para la costura. También vendí ropa y artículos de bebé hasta hace poco tiempo.

Fueron pasando los años y cada uno de nosotros fuimos formando nuestras familias, en general sumamos setenta y ocho y en lo particular tengo a mi esposo a mis dos hijos, a mi nuera y a mis dos nietos Magdalena y Mariano. En la actualidad disfruto de mi calidad de pensionista y en mis ratos libres participo activamente en el Centro Castellano-Leonés de mi ciudad, donde tomo clases de castañuelas, canto en el coro “Los Palomares” y revivimos todas las tradiciones españolas.

Para el doce de octubre, fecha en que se recuerda el descubrimiento de América, desfilamos en la ciudad de Berisso, lugar de inmigrantes por excelencia, con los atuendos tradicionales de la región leonesa y llevando bien alto la bandera española y los cabezudos que dieron el toque risueño al desfile. Todas estas actividades hacen que la distancia sea más corta, que pueda recordar con alegría a mi tierra natal, que mis hijos adopten como suyas las tradiciones españolas, que se las trasmitan a mis nietos y que recuerden cada día que también son parte de mi España querida.

Hoy con mis sesenta y pico de años (*sic*) puedo decir que, a pesar de tantos pesares, soy feliz y no puedo quejarme de los logros conseguidos, ni de mi vida como inmigrante. Lucho cada día por no desterrar de mí la añoranza, los recuerdos de mi España natal, mi identidad, mi sueño eterno de volver a pisar mi tierra.

Espero que la situación económica de mi país, Argentina, mejore para poder regresar. Mientras tanto sólo me queda seguir esperando, con la ilusión viva de sentirme nuevamente cerca de casa, cerca de Astorga.